

MODELOS CULTURALES EN EL CONSUMO DE ALCOHOL ADOLESCENTE

La Primera Encuesta Nacional a Estudiantes de Enseñanza Media 2001, realizada por la SEDRONAR, y el Segundo Estudio Nacional sobre Consumo de Sustancias Psicoactivas realizado por el INDEC y la SEDRONAR, han arrojado datos cuantitativos acerca de los cambios en el consumo de alcohol en adolescentes.

De la investigación “Imaginarlos sociales y prácticas de consumo de alcohol en adolescentes de escuelas de nivel medio” se desprende la necesidad de profundizar en la comprensión del consumo de alcohol en los jóvenes, partiendo de un análisis cualitativo que indague tanto en los patrones de comportamiento como en los imaginarios y representaciones sociales que fundamentan las prácticas.

Desde esta consigna, el Observatorio Argentino de Drogas desarrolló un proyecto de investigación centrando el problema del consumo de alcohol en estudiantes con un rango etario de 13 a 17 años, que cursan el nivel medio en escuelas públicas y privadas de las distintas regiones del país. El criterio de selección de la muestra, intencional y no representativa, tuvo en cuenta que fueran escuelas céntricas emplazadas en grandes centros urbanos y que abarcaran el amplio espectro de sectores que hoy podemos incluir en la complejidad social de la clase media. El trabajo de campo se realizó durante los meses de mayo, junio y julio de este año en la Ciudad de Buenos Aires, Gran Buenos Aires, Córdoba, Mendoza, Posadas, Jujuy y Río Gallegos. Con los adolescentes se trabajó en una trian-

gulación de técnicas: entrevistas individuales y grupos focales, mapas cognitivos, mini suveys y observaciones. Dada la perspectiva sociocultural que tiene el estudio, resultó muy significativo analizar la tolerancia social que existe en el adulto respecto al tema y en tal sentido, también se realizaron grupos focales a padres y profesores.

Los principales resultados que arrojó el estudio se centraron en la característica social que adquiere el consumo y, a través de ello, se indagó acerca de los rituales que lo impregnan de significado, el lugar que ocupa el ámbito doméstico en las nuevas prácticas, los sentimientos y motivaciones asociadas, la relación entre percepción de riesgo y género y la actitud adulta frente a la cuestión. Lo que sigue es una síntesis de los principales resultados al respecto.

El ritual de tomar como instancia de producción del “ser adolescente”

¿Qué significa hoy ser adolescente? ¿Qué se espera de un adolescente y qué presiones lo condicionan? Plantear estos interrogantes supone entender a la adolescencia como una construcción social, es decir, cada sociedad, cada tiempo y lugar, tiene un conjunto de ideas, imá-

genes y valores respecto a “ser adolescente” que condicionan sus acciones y aquello que los adultos realizan con relación a ellos. Una adolescente en el marco de un grupo focal sobre consumo de alcohol explicaba: “...De un día para el otro fuimos otras”. Con esta frase estaba graficando el paso de la infancia al mundo adulto donde el consumo de alcohol en el marco de la salida nocturna del fin de semana resultaba funcional a ese rito de pasaje, dando lugar a la idea de producción del yo.

La idea de producción del yo se activa en determinadas situaciones, generalmente asociadas a la noche del fin de semana y el alcohol resulta un insumo central. El discurso del “yo soy yo” que emergió espontáneamente en las entrevistas, parte de una idea de identidad que se construye en tensión por un doble juego entre la idea de libertad que supone producirse según la elección de la identidad “que me va” y las exigencias de los modelos culturales vigentes como dos caras de la misma moneda. El modelo del “yo soy yo” es la configuración de una doble instancia: la propia del ciclo vital, la separación del mundo adulto y la consecuente búsqueda de identidad con relación al propio yo y al grupo de pares, y por otro lado, su arti-

LA REALIZACIÓN DE LA IDENTIDAD MEDIANTE EL ALCOHOL NOS ESTÁ HABLANDO DE UN ADOLESCENTE QUE SE SIENTE EXIGIDO A “SER UNO MISMO” A LA VEZ QUE SE LE IMPONE UN ESTRICTO MENÚ DE FORMAS DE SER EN EL MUNDO.



culación con un clima de época de individualización progresiva por el cual las constricciones y marcos regulativos de las instituciones tradicionales (familia, sector social, trabajo) son desplazados por el autocontrol. Este proceso instala en el individuo una tensión entre instancias de mayor libertad al tiempo que más inestables, entre subjetividades que se piensan más auténticas y se padecen más vulnerables.

Frente a este panorama, el consumo de alcohol en los adolescentes resulta un insumo para la realización exitosa del modelo del “Yo soy yo”. La realización de la identidad mediante el alcohol nos está hablando de un adolescente que se siente exigido a “ser uno mismo” a la vez que se le impone un estricto menú de formas de ser en el mundo. La idea de alcohol como insumo resulta funcional a un sujeto que debe satisfacer altas exigencias sociales y es allí donde se funda el sentido que sostiene la práctica: ya no sólo importa que me vean tomando, sino que vean lo que el tomar hizo en mí. La asociación de la desinhibición con el alcohol y su relación con sentimientos de integración social y fortalecimiento de la autoestima, cuando los adolescentes evocan los sentimientos que el alcohol les sugiere, está mostrando esta característica pragmática e instrumental del consumo. El alcohol como insumo es acorde a una tiranía de la diversión –“necesita desinhibirse”, “necesita divertirse”, “necesita aguantar”– que se percibe como fundamental en los sectores más altos afectados por una gran exigencia social, aunque se derrama como modelo legítimo al resto del mapa social. Desde esta lógica se separa del tradicional imaginario de “hacerse el canchero con el vaso de cerveza en la mano” y es desde acá donde mejor pueden comprenderse como rituales a las nuevas prácticas de consumo. Los rituales tienen como función crear solidaridad social y abonar el mantenimiento de la cohesión social. Así, al referirnos acerca del ritual de tomar al-

cohol en los adolescentes, estamos haciendo énfasis en la significación social que el consumo adquiere.

En el marco del consumo de alcohol adolescente, los ritos pueden ser categorizados como habituales u ocasionales, según la frecuencia con que son practicados. Con diferencias reconocibles según los sectores sociales analizados, podemos distinguir entre los ritos habituales a los encuentros en las casas de amigos, el preboliche, el boliche, el pool y el deambular por el espacio público. Entre los ritos ocasionales se encuentran un conjunto de “fiestas” que exceden el marco de la situación puntual y se extiende a los preparativos que la misma habilita, como las fiestas y viajes de egresados, las fiestas de quince y las fiestas de estudiantes. También como un consumo ocasional hemos incluido a los recitales.

Dentro de los ritos habituales, la casa “libre de adultos” aparece como el espacio adecuado para las instancias de producción del yo. El espacio de la casa es un lugar elegido para el consumo de alcohol en tanto cumple diversas funciones que pueden ser complementarias: la casa es vista como más segura y se sienten más protegidos frente a posibles desbordes, resulta más económica y refuerza el intimismo que requiere la instancia de producción para la salida al boliche que funciona como una pasarela de identidades. Si bien “preboliche” o “previa” no sólo se lleva a cabo en el ámbito doméstico, también hay bares y quioscos que cumplen esta función, es en el espacio de la casa donde se ven más nítidamente las distintas ceremonias y el sentido que los adolescentes le otorgan al ritual de tomar. La producción del yo acciona un sujeto desinhibido, que “se anima a más” y que establece un cálculo racional acorde con fines. De acuerdo con esto, el consumo de alcohol se mide por “lo que precisas” para lograr los efectos buscados. En el marco de este cálculo en donde el alcohol se vuelve una herramienta hacia el logro de un fin específico, aparecen rituales intermedios. Es el caso de los juegos con alcohol que funcionan como dispositivos destinados

a hacer placentero algo que de por sí entraña más la idea de exigencia (hablan en términos de “precisás, necesitás”) que de gusto o placer.

La perspectiva de género: riesgos femeninos y riesgos masculinos

Diversos estudios nacionales y extranjeros muestran una creciente equiparación del consumo femenino con el masculino. Los resultados del estudio hablan de una convivencia de los nuevos patrones de consumo con imaginarios asociados a tradicionales construcciones sociales de género. En este sentido, la imagen del chico que toma y de la chica que toma varía con relación a un eje en el que convergen los saberes, el gusto, el aguante y la percepción del riesgo. El varón es el portador del saber experto y del gusto legítimo, cuestiones que van de la mano de la idea de “aguante”: “precisa” una mayor concentración etílica que la mujer para lograr una producción del yo adecuada, es decir para llegar “desinhibido y entonado”. Por otro lado, emerge una construcción del riesgo diferenciada por el género. Si el aguante, o el no aguante femenino, como consecuencia de la precaria cultura alcohólica puede traer consecuencias de sentimientos negativos a nivel emocional y/o físico (las chicas suelen asociar al alcohol con sentirse deprimidas o descompuestas), en el tope de los riesgos que perciben varones y mujeres, adolescentes y adultos, respecto al consumo abusivo de alcohol aparece uno que intrínsecamente lo asocian con lo femenino: la relación entre alcohol y sexo, asociación que conforma una matriz de riesgo con niveles de importancia creciente que van desde la construcción de imagen de “chica fácil” hasta el embarazo adolescente. Por el contrario, la percepción de riesgo masculino remite a parámetros asociados a la violencia resultante de una desinhibición que deviene en agresividad, así unas y otros cuentan cómo los varones que toman de más

se ponen agresivos y así comienzan peleas con gran compromiso físico. También la idea del alcohol asociada al riesgo del consumo de drogas ilícitas fue más significativa en los varones que en las mujeres. Por último, el riesgo que supone manejar mientras se consume o luego de consumir alcohol es percibido tanto por mujeres como por varones, pero son estos quienes generalmente aparecen en el relato conduciendo alcoholizados. Este riesgo aparece como el más recurrentemente abordado en las charlas padre-hijo y tuvo un peso destacado en las entrevistas.

El rol adulto: tolerancia, accesibilidad y permisividad

La tolerancia social parte de considerar aquellas prácticas aceptables aunque no deseables (Miguez, 1998). Operativamente, el estudio trabajó la permisividad y la accesibilidad como dimensiones que se desprenden de aquella y nos permiten, desde un nivel de mayor concreción, bajarla a la vida cotidiana.

Tolerancia, permisividad y accesibilidad son actitudes y situaciones que pueden superponerse, pero resulta conveniente marcar sus particularidades. La tolerancia social respecto al consumo de alcohol debe ser planteada desde un nivel micro y macro social y abarca a la sociedad en su conjunto. La accesibilidad tiene que ver con la facilidad o no que los adolescentes tienen y perciben para consumir alcohol y puede situarse en planos micro y macro sociales: abarca a los padres, al comerciante, al Estado y a la sociedad en su conjunto.

Quando hablamos de permisividad apuntamos a un nivel microsociedad y nos estamos refiriendo a la actitud de los padres respecto a la potestad de ejercer la autoridad y reglamentar el consumo de alcohol en sus hijos.

Las instancias de accesibilidad que los adolescentes perciben se focalizan en el plano del mercado en primera instancia. Pero también, la accesibilidad se relaciona con la actitud de permisividad paterna respecto al consu-



mo. La argumentación más frecuente que los hijos dieron respecto a los padres, aunque sin personalizar en los propios, fue la idea de que “saben que tomamos pero simulan no saberlo”. Esta idea da cuenta de un escenario de simulacro que enmarca a diferentes perfiles que hemos analizado en el estudio a partir de una tipología de permisividad. Los perfiles de alta permisividad se sostienen en actitudes que van de la comodidad a la complicidad o la resignación. Muchas veces lo que subyace es una idea de democratización familiar que se “deforma” en la retirada o abdicación de las responsabilidades esperables al rol. Ante

esto, los adolescentes se debaten en un doble juego entre “sacar partido” a la falta de límites y reclamarlos. La idea del hacer “como si” (no supieran) muestra una percepción a medio camino entre la caducidad del rol paterno que ejerce su autoridad y los residuos –culposos, por lo general– que aún la sostienen.

Si bien es una tipología que focaliza en la actitud de permisividad que se percibe en los padres de cada tipo, ya que en definitiva fue el actor que apareció como preponderante en los discursos de adolescentes, profesores y padres, dejamos planteada como pregunta si esta tipología puede

pensarse extendida a una sociedad que sabe de la problemática, pero la tolera ya sea por una situación crítica que le excede y lo imposibilita en su accionar, por complicidad, comodidad o resignación.

Autora: Mag. Cecilia Arizaga.

Socióloga. Master en Ciencias Sociales FLACSO. Responsable de la investigación “Imaginario social y prácticas de consumo de alcohol en adolescentes de escuelas de nivel medio”.

observatorio@sedronar.gov.ar

Referencia bibliográfica.

Miguez, Hugo (2004) “Epidemiología de la alcoholización juvenil en Argentina”, en Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, Vol. 50, 2004. (www.geocities.com/hugomiguez)